

Detransition, Baby

Torrey Peters

Traducción de Cristina Pineda Huertas



levanta
fuego

Primera edición en castellano: marzo de 2025
Título original: *Detransition, Baby*

© 2021, Torrey Peters

Esta edición ha sido publicada gracias al acuerdo con One World,
un sello de Random House, división de Penguin Random House LLC

© 2025, Levanta Fuego, por esta edición

© 2025, Cristina Pineda Huertas, por la traducción

Diseño de interiores y maquetación: Marta García
Imagen de cubierta: detalle de *Las rosas de Heliogábalo*,
de Lawrence Alma-Tadema (1888)

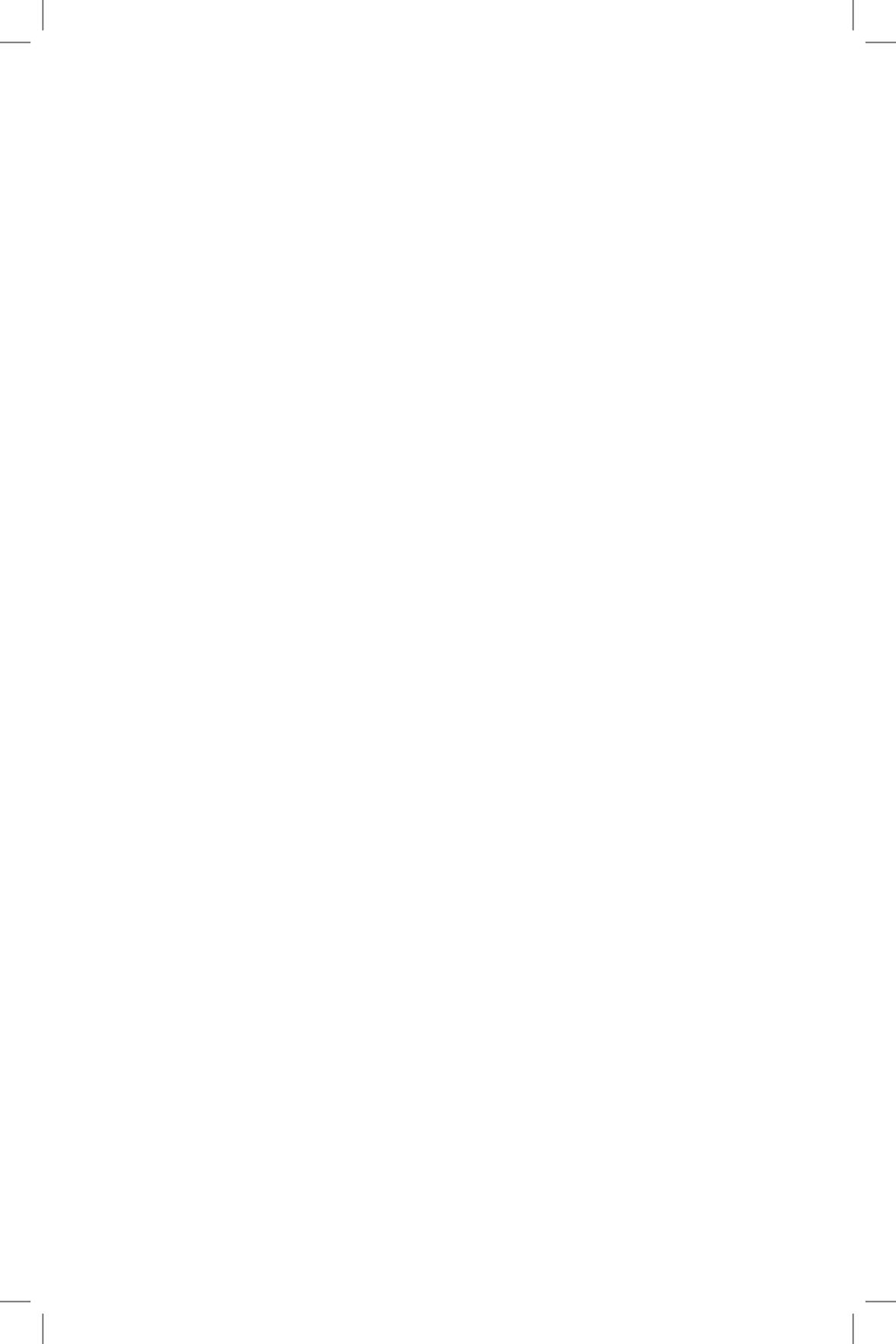
Todos los derechos reservados, incluido el de reproducción total
o parcial en cualquier formato. Este libro no puede ser utilizado para
entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

No se permite el minado de textos ni datos (Artículo 4(3) Directiva
(EU) 2019/790).

Publicado por Levanta Fuego
www.levantafuego.com
contacto@levantafuego.com

ISBN: 979-13-990081-0-4
Depósito Legal: LE-72-2025

*A las mujeres cis divorciadas que, como yo,
tuvieron que reconstruir su vida sin recurrir
a las ilusiones del pasado ni amargarse por el futuro.*



Capítulo uno

UN MES DESPUÉS DE LA CONCEPCIÓN



El dilema, para Reese: ¿sencillamente se volvía loca por los hombres casados? ¿O era que el único grupo de hombres disponibles para ella, como mujer trans, eran los que ya tenían una esposa cis bien atada y ahora podían dedicarse a «experimentar»? La respuesta fácil, por la que abogaban todas sus amigas, era que los hombres eran unos cerdos. Y, sin embargo, ahí está ella, liándose una vez más a escondidas con *otro* cabrón apuesto y encantador que engaña a su mujer. Mírala, ataviada con ese vestido de encaje negro, esperando sentada en el BMW del tío, que ha entrado a comprar condones a Duane Reade. Luego le dejará subir a su apartamento, ignorará la mirada acusadora de Iris, su compañera de piso, y él se la follará encima de esa colcha de flores tan cliché que le había comprado el *último* hombre casado con el que había estado para que su cuarto tuviera un aire más aniñado y travieso cuando conseguía librarse de su esposa.

Reese tenía diagnosticado su problema. No sabía estar sola. Rehuía su propia compañía, su propia soledad. Aparte de decirle lo horribles que eran esos hombres infieles que se buscaba, sus amigas también le decían que, después de dos grandes rupturas, necesitaba tiempo para aprender a ser ella misma, por sí misma. Pero era incapaz de estar sola sin perder la cabeza. Le dabas una semana para ella y comenzaba a recluirse, cultivaba su montaña de soledad que se retroalimentaba de manera exponencial hasta que acababa fantaseando con venderlo todo y partir a la deriva

en un barco a ninguna parte. Para traerse de golpe a la vida, se metía en Grindr, o en Tinder, o donde fuera, y se administraba una descarga de diez mil voltios en el corazón buscándose el lío con mayores probabilidades taquicárdicas que hubiera. Los hombres casados eran los mejores para escapar de la soledad porque tampoco sabían estar solos. Los hombres casados eran expertos en estar con alguien y, pasase lo que pasase, no soltarlo hasta que la muerte nos separe. Con la excusa de moverse dentro de los límites de «un rollo sin más», Reese se tiraba de cabeza a la piscina, hasta el fondo. Se decía que, como no iba a ser más que un rollo, podía prestarse a cualquier fantasía con la que el tío hubiera soñado en la vida, desenterrar sus dolores secretos y rebajarse de las formas más voluptuosas, violentas e insostenibles, hasta acabar rota y despechada porque, aunque solo fuera un lío, ¿no había sido ella lo suficientemente valiente y vulnerable para tirarse de cabeza a la piscina, hasta el fondo?

Se veía a sí misma atractiva, con curvas y un rostro redondeado, pero no iba por ahí dándose las de pibón, y tampoco es que la parara la gente por la calle para admirar los frutos de su cerebro. Pero, con el hombre adecuado, se volvía un genio del drama. Lo destilaba y prendía como gasolina cuando la soledad le calaba los huesos.

Esta vez, el hombre en cuestión era más o menos como los demás. El típico macho alfa guapo y casado que la llevaba por la habitación con correa. Solo que esta vez había mejorado, porque el tío era un *cowboy* reconvertido en abogado seropositivo. Tenía debilidad por las chicas trans y se había contagiado mientras engañaba a su esposa con una, y encima su esposa no lo había dejado, y encima ahora estaba volviendo a hacer lo mismo con Reese. ¡Yujuuu!

—¿Eras pasivo o qué? —le preguntó Reese en su primera cita.

—¿Pero qué dices? —dijo él—. El médico me dijo que había una posibilidad entre diez mil de cogerlo si me la chupaba. Ponte que cada minuto se están haciendo por lo menos diez mil mamadas, pues a mí me tocó la buena. También es que me la chupaba mucho.

—Ya —dijo Reese, que sabía que era una explicación poco realista, pero quería asegurarse de que no tuviera intención de ser pasivo con ella.

Una hora más tarde, lo tenía en su cuarto contándole quién y dónde lo había contagiado. A las dos horas Reese lo había convencido para que le hablara de la desilusión que se había llevado su mujer, que se negaba a que se le corriera dentro pese a que el VIH se había vuelto indetectable. Le confesó que su mujer odiaba los tratamientos de fecundación *in vitro*, que el aspecto clínico le recordaba todo el tiempo que por culpa de él ella había acabado en la camilla gélida de un médico en vez de al calor del lecho conyugal.

—Estoy siendo mucho más franco contigo de lo que suelo ser —le dijo su *cowboy*, como si se sorprendiera a sí mismo, aunque mientras tanto le estuviera apretando las tetas—. De lo que es capaz un coño, supongo.

—A lo mejor te dejo probar este coño —respondió Reese arrastrando las palabras, imitándolo divertida—, pero una mujer de verdad siempre te despelleja el alma.

—Qué gran verdad —contestó él con el mismo tono. Llevó una de sus manazas a la nuca de Reese y atrajo su rostro hacia él. Ella suspiró y los músculos se le aflojaron.

Sus ojos vidriosos le sostuvieron la mirada.

—Te voy a decir lo que vamos a hacer —le dijo él—, de momento, ese coño es mío. —Hizo una pausa y, con la mano todavía en la nuca de ella, fue hundiéndole la cara poco a poco, con firmeza, contra la almohada—. Y luego ya veremos qué pasa con mi alma.

Ahora se mete dentro del coche con una bolsita marrón llena de condones y lubricante, y a Reese la recorre un hormigueo de expectación en el estómago.

—¿De verdad necesitamos esto? —le pregunta él levantando la bolsa—. Sabes que voy a querer preñarte.

Esa era precisamente la razón por la que todavía lo aguantaba: él entendía de qué iba esto. Gracias a él, Reese había descubierto que el sexo podía ser abierta y honestamente peligroso. Imaginaba que las mujeres cis rozaban ese peligro cosquilleante cada vez que follaban. El riesgo, la adrenalina de poder quedarse embarazadas; un polvo que, sin más, te jode la vida (¿o que es una bendición?). Reese se imaginaba que para las mujeres cis el sexo era un juego que se jugaba al borde del precipicio. Pero hasta que apareció su *cowboy*, ella nunca había experimentado el placer de ese peligro tan singular. Hasta ahora, con su VIH, no había encontrado nada análogo a lo que a una mujer cis podía cambiarle la vida. Su *cowboy* podía follársela y marcarla para siempre. Podía follársela y acabar con ella. Podía destruirla con la polla.

Según él la carga viral era indetectable, pero Reese no le había pedido ningún papel que lo demostrara. Le habría quitado peligro y ternura al asunto. Él también disfrutaba llevándolo al límite, insistía en preñarla, en fecundarla con su semilla vírica. Hacerla mamá, su cuerpo portador de una nueva vida, parte de ella misma y a la vez no, eterna como una madre.

—Acordamos que usaríamos condón siempre. Dijiste que no querías tener cargo de conciencia.

—Sí, pero eso era antes de que empezaras con los anticonceptivos.

La primera vez que Reese llamó «anticonceptivos» a la PrEP fue en un restaurante chino en Sunset Park, donde él

estaba seguro de que no se encontrarían con ninguna amiga de su mujer. Lo comentó como de broma, pero él la miró y dijo: «Joder, se me ha puesto durísima». Hizo un gesto para pedir la cuenta, le dijo a Reese que esa noche se quedaba sin ir al cine y la llevó directa a casa para ponerla bocabajo sobre la colcha de flores. Por la mañana, ella le envió el vídeo más sexi —aunque aparentemente menos sexi— de su vida, en el que aparecía metiendo un par de grandes pastillas azules Truvada en uno de esos típicos pastilleros color pastel para píldoras anticonceptivas. Desde entonces, las «pastillas anticonceptivas» formaban parte de su vida sexual.

Había una razón más, aparte del estigma, el tabú y la erotización, por la que su particular versión del *bugchasing** había picado a Reese: ella quería ser madre de verdad. Lo deseaba más que nada en el mundo. Se había pasado toda la vida adulta rodeada de gente queer, alimentándose de formas radicales de relación, poliamor y roles de género, pero, de alguna manera, nunca había terminado de bajar del altar de la feminidad la imagen de aquellas encantadoras madres blancas de Wisconsin de las que había estado rodeada en su infancia. Nunca había perdido ese fervor secreto por convertirse en una de ellas. En la maternidad podía proyectarse a salvo de la soledad y la dependencia, pues una madre, creía ella, nunca estaba realmente sola. Poco importaba que, en su experiencia, como en la de sus amistades trans, el amor incondicional de una madre siempre acabara revelándose condicional a más no poder.

Quizá igual de relevante era que, como madre, por fin le sería concedida la feminidad que, sospechaba, aquellas diosas

* Literalmente, «perseguir al bicho». Se refiere a la práctica de tener sexo sin métodos profilácticos con personas con VIH con la intención de contagiarse. (*N. de la t.*)

de su infancia asumían como natural. Había estado a punto de conseguirlo, una vez. Tenía una relación lésbica con una trans llamada Amy, una mujer con un buen trabajo en el sector digital que había acabado convirtiéndose en la viva imagen intachable del suburbio americano, tanto que, cuando hablaba, te la imaginabas con cara de Martha Stewart. Junto a Amy, Reese había estado tan cerca de la domesticidad como le parecía que era posible para una mujer trans, toda esa confianza, ese aburrimiento y esa estabilidad que ahora tenían el aspecto borroso de un sueño al poco de despertarse. Incluso habían compartido un apartamento en Prospect Park, ese tipo de espacio luminoso y abierto que evidenciaba buen gusto y respetabilidad suficientes como para que enseñarle la vivienda a la agencia de adopción fuera el menor de los obstáculos a la hora de convertirse en madre.

Pero ahora, tres años después, cuando el cuentakilómetros de Reese marcaba los treinta y tantos, comenzaba a plantearse seriamente lo que ella llamaba «el problema *Sexo en Nueva York*».

El problema *Sexo en Nueva York* no era exclusivo de Reese, sino que lo tenían todas las mujeres. Pero, a diferencia de millones de mujeres cis antes que Reese, ninguna generación de mujeres trans había logrado resolverlo. El problema podría describirse como sigue: cuando una mujer empieza a darse cuenta de que se hace mayor, la perspectiva de darle un sentido a su vida apremia. Una necesidad de salvarse, o de ser salvada, cuando las delicias de la belleza y la juventud dejan de causar efecto por pura repetición. Lo que Reese defendía era que, a la hora de encontrar sentido —a pesar de los avances del feminismo—, las mujeres seguían teniendo tan solo cuatro grandes opciones, representadas en los arcos argumentales de los cuatro personajes femeninos de *Sexo en Nueva York*. Encontrar pareja y ser una Charlotte. Labrarse una carrera y ser una Samantha. Tener un hijo y ser una

Miranda. O, por último, la autoexpresión a través del arte o la escritura y ser una Carrie. Reese pensaba que cada nueva generación de mujeres reinventaba sin parar la misma fórmula, mezclándola y retorciéndola, pero sin escapar nunca de ella.

Sin embargo, para todas las generaciones de mujeres trans previas a Reese, el problema *Sexo en Nueva York* no era más que un problema aspiracional. Tan solo unas pocas, las que más éxito tenían y más desapercibidas pasaban, llegaban siquiera a tener la oportunidad de afrontarlo. Para las demás, las cuatro opciones estaban vedadas de entrada. Ni trabajo ni amantes ni hijos y, si bien una mujer trans podía convertirse en musa, a nadie le interesaba un arte en el que ella misma se expresara. Así que las trans caían por defecto en una especie de «no hay futuro» y, por mucho que otras personas queer aplaudieran la ironía, el placer, la tumba en la que solían precipitarse, ese precipitarse hacia la falta de futuro tenía bastante más glamur cuando el bonito cadáver que se dejaba era una decisión salvaje y deliberada en lugar de una mera probabilidad estadística.

Mientras Reese vivía con Amy, ella misma aspiraba al problema *Sexo en Nueva York*. Como mujer trans, regocijarse en la contemplación de su posible aburguesamiento le parecía una actitud radical. Sentía como un éxito que esa decisión no le viniera dada de antemano. Luego Amy detransicionó y todo se vino abajo.

Ahora la falta de futuro había vuelto a asomar en el horizonte, y ahora Reese buscaba la felicidad en lo que habían ganado otras mujeres, y convertía un virus en un bebé.

—De acuerdo —dice después de unos diez minutos de trayecto.

—¿De acuerdo qué?

—Que de acuerdo, a ver si me dejas embarazada.

—¿En serio?

—Sí. —Su *cowboy* se dispone a añadir algo cuando ella lo interrumpe—: Pero si lo hacemos, tienes que empezar a

tratarme mejor. Tienes que tratarme como si fuera la madre de tu hijo.

Él extiende un brazo para pellizcarla.

—¿La madre de mi hijo? Venga ya. Tú no quieres eso. Si te hago un bombo es para que seas la adolescente preñada del barrio. Lo que quieres es que todo el mundo sepa que eres una putita fácil.

Se aparta para que no la pellizque.

—Lo digo en serio. Trátame mejor.

Él frunce el ceño, pero no aparta la vista de la carretera.

—Ya. Vale. De acuerdo. Vamos a por algo de comer —dice, frenando en un semáforo.

—¿En serio?

Estaban yendo a su barrio, Greenpoint, una zona en la que normalmente él se negaba a que cenaran juntos. Conocía a demasiada gente por allí. Una vez lo obligó a ir a un bufé vegano cerca de su apartamento y apenas la miró a los ojos en toda la comida. En su lugar, dirigía la mirada brusca-mente hacia la puerta cada vez que entraba alguien. Después de aquello, comenzó a dejar que la llevara más al sur, o a veces a Queens. Nunca a Manhattan y nunca a Williamsburg, donde hacía vida social su esposa.

Pero ahora, en cuanto le dice que puede follársela sin condón, se le olvidaban todas sus reglas. Reese experimenta un instante de satisfacción. Su cuerpo es su mejor baza.

—Sí —contesta—, a lo mejor podrías bajar un momento y pillar algo para llevar.

Por supuesto. Algo para llevar. Mientras él espera en el coche. Asiente:

—Claro, ¿qué te apetece?

Paran en un restaurante tailandés y ella no pide nada. A él le encanta el curry, picante a niveles improbables en la escala

de Scoville. A ella no. Ya se preparará algo en casa cuando él se vaya. Está mirando Instagram cuando suena el teléfono, no reconoce el número, el prefijo es de otro estado. Su *cowboy* usa Google Voice para que los mensajes de Reese no le aparezcan en el iPad que tiene en casa, que también usa su mujer, y Google a veces cifra las llamadas en números raros.

Aprieta el botón verde para contestar y se lleva el móvil a la oreja.

—Te he pedido curry verde con ternera, cinco estrellas de picante —dice a modo de saludo.

—Hola, qué detalle, aunque no sé si recuerdas que siempre he sido un debilucho con el picante —dice una voz masculina. Cálida y suave, pero sin rastro de las palabras arrastradas de su *cowboy*, que de alguna manera se las ha arreglado para conservar el acento a pesar de llevar años en Nueva York.

Mira la pantalla para comprobar el número de teléfono.

—¿Quién es?

El hombre adopta un tono afable, que no llega a ser de disculpa.

—Hola, Reese. Perdona, soy Ames.

Ve a su *cowboy* afuera, en el coche, con el brillo del móvil reflejado en las gafas de lectura. Se da la vuelta, como si pudiera oírla a través de la ventanilla del coche y el vidrio plano de las ventanas del restaurante, por encima del trajín de la cocina y las conversaciones de los clientes desperdigados por el local.

—¿Por qué me llamas, Ames? Pensaba que ya no nos hablábamos.

—Ya lo sé.

Espera, apretando los labios. Lo escucha respirar. Quiere que hable él primero.

—No quiero molestar —continúa—. Te llamaba para pedirte ayuda.

—¿A mí? No sabía que pudieras pedirme nada que no me hubieras quitado ya.